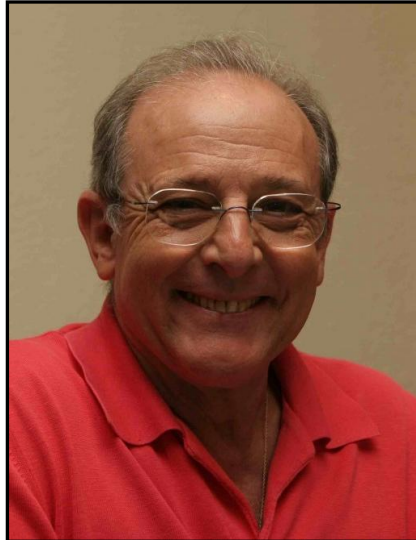


## CÓMO EMPECÉ EN EL TEATRO



**EMILIO GUTIÉRREZ CABA**

Para mí el teatro ha sido algo conocido desde que era niño; nací en él. Por tanto, cuando en el verano de 1962 mi amigo Manuel Collado Sillero –que luego sería empresario y director teatral– me llamó una tarde del mes de agosto a mi casa de Madrid para proponerme que sustituyera a un actor que dejaba la Compañía Lili Murati, en gira por el norte de España, le dije que debía consultarlo con mi padre y que le llamaría más tarde. El padre de Manuel Collado, Fernando, era un prestigioso representante de actores y compañías, que también programaba giras al extranjero, fundamentalmente de elencos de baile y canto.

La oferta era abierta, es decir, podía seguir en la Compañía hasta que quisiera o bien el empresario de la misma decidiera prescindir de mis servicios. Yo deseaba seguir estudiando en octubre y, por otra parte, en marzo del siguiente año debía incorporarme al Ejército del Aire como voluntario, ya que había solicitado, en la primavera de 1962, esa posibilidad.

De manera que lo más que podía estar actuando eran un par de meses escasos, pero me encantaba la idea.

El permiso de mi padre era necesario. Él, que ya estaba retirado del teatro, había sido un actor excelente y, claro, quiso saber algo más de aquella mi apasionante aventura, pero algo más realista: cuánto sueldo diario me habían ofrecido, qué cantidad de comedias debía estudiarme, a quién iba a sustituir, si creía encontrarme preparado para iniciarme en el teatro profesional y codearme con actrices y actores tan experimentados como Lili Murati, Pedro Poncel, Paco Muñoz, Carmen Alonso de los Ríos o Luis García Ortega. Aquellas preguntas me parecieron absurdas. Por supuesto que estaba preparado. Discutimos. Pasado un rato me di cuenta de que la razón le sobraba en todo lo que me había planteado. Pero, entre las condiciones que mi padre quería imponerme estaba la de que él me acompañaría, si no en toda la gira, en buena parte de ella. Aquello me sublevó. Aquello para mí era, además de cortarme las alas para hacer lo que me viniera en gana, algo humillante: ¿Qué iban a pensar los miembros de la Compañía al ver a un tío de diecinueve años acompañado por su padre como si se tratase de una vedette? Pero no hubo forma: mi padre siguió en sus trece y para poder ser contratado tuve que claudicar.

Firmé el primer contrato de mi vida y, al día siguiente, me entregaron las partes habladas de los tres personajes que debía asumir en las tres primeras piezas de las cinco que tenía que memorizar. Cuatro días después, mi padre y yo tomamos un tren rumbo a Bilbao, donde el sábado 11 de agosto de 1962 debuté profesionalmente en el Teatro Ayala, en la comedia de Luis Fernández de Sevilla y Luis Tejedor, titulada “Separada del Marido”.

La Compañía de Lili Murati era un elenco sólido, prestigioso, con un repertorio de títulos más bien flojos: comedias ligeras de autores menores, montajes muy simples. Era una Compañía que se encontraba en decadencia, no por la calidad de sus intérpretes, sino por la flojedad en el repertorio de títulos. Para muestra el primero que interpreté, un vodevil de los muchos



que por aquel entonces representaban en los escenarios españoles algunas compañías de renombre. El personaje que me tocó representar intervenía poco en la comedia y gracias tanto a mi padre, que me ayudó a memorizarlo y moverlo, a Janos Vaszary, marido de Lili Murati, director de la Compañía, hombre bueno que me protegió desde el primer momento, y a todo los miembros de la misma, que me recibieron con los brazos abiertos, dispuestos a ayudarme en todo lo que hiciera falta, pude salir adelante en aquella primera comedia profesional que interpreté. Alfredo se llamaba mi personaje. No recuerdo el diálogo, pero sí me consta que mi debut no pasó de lo discreto. El verme en un escenario con actrices y actores profesionales, el patio de butacas bastante lleno de público, hizo que me esforzase por sacudirme el terror que me inundaba y tratase de hacer audible mi escaso texto.

Cuando acabó la representación todo el elenco me felicitó. Todos menos mi padre, que me dijo: «Acabas de empezar. Te queda todo por hacer. Que el tiempo que estés en esta Compañía te sirva para darte cuenta de lo duro que es esto». Tenía toda la razón. Desde el tiempo y la distancia, no obstante, doy las gracias a los que aquella tarde me empujaron con su cariño a seguir adelante. A quienes fueron mis compañeros por unos meses y me enseñaron los aspectos fundamentales de este oficio, de este hermoso oficio. Nunca olvidaré aquella gira, entre otras cosas, porque fue la última que mi padre hizo en su vida, aunque fuese solo de acompañante. La verdad es que me vino muy bien tenerlo a mi lado. Dos años después falleció en Madrid.

A partir de Bilbao, la gira se prolongó por el norte de España, por ciudades castellanas, por Zaragoza, hasta que a finales de octubre dejé en Guadalajara la Compañía para continuar estudiando en Madrid. Recuerdo que la noche que volví a Madrid, después de la función de noche, tomé un tren en la estación. Un tren correo que me dejó en Madrid de madrugada. Las locomotoras de vapor resoplaban en el frío de aquella noche como si ellas mismas fueran animales.



Por aquel primer trabajo profesional cobré doscientas pesetas diarias. Con el anticipo salarial de una semana que era obligatorio dar en aquella época, me compré algo de ropa para poder “vestir” a mis personajes en aquellas comedias. A primeros de septiembre, estando en Zamora, me compré las *Obras Completas* de William Shakespeare. Conservo ese libro porque, además de su valor literario, tiene para mí un significado especial, me trae recuerdos imborrables: 1962..., verano, diecinueve años, Gran Compañía de Comedias Lili Murati. Sus técnicos: Eduardo Fresneda, el apuntador que más me ayudó en mi vida profesional; al magnífico regidor Juan Martínez, siempre dispuesto a darme un pequeño empujón para que saliese a escena; a Fernando Vimet, fumador empedernido, maquinista que hoy llamaríamos, ampulosamente, técnico de montaje, que dejó el martillo por los hábitos monjiles a finales de ese año. Sus cómicos: Lili Murati, actriz húngara afincada en España por razones políticas en la década de los cincuenta del siglo XX y que merece un estudio minucioso que, tal vez, nunca se haga. Dotada de gran personalidad y muy valiosa como actriz, vivaz, divertida, extravagante. Carmen Alonso de los Ríos, una estupenda característica. Clotilde Sola, Beatriz Kendall, África Martínez y Elisa Ramírez, que inició su carrera teatral igual que yo en esta formación. Pedro Poncel, extraordinario actor, Luis García Ortega, impecable, educado, igual que Paco Muñoz, el galán-primer actor de la Compañía, optimista, dominador de la escena.

Cuando abandoné, no sin tristeza, aquella formación teatral y regresé a Madrid, no sabía que, casi sin querer, había dado el primer paso dentro del mundo profesional. Cuando aquel tren tomado de madrugada en Guadalajara arrancó de la estación, dejé atrás un telón que lentamente cayó, indicando que la primera escena de mi vida profesional acababa de terminar.

